

Stoa

Vol. 17, no. 33, 2026, pp. 275-280

ISSN 2007-1868

DOI: 10.25009/stoa.2026.33.2836

Reseña

Javier Echeverría, *Leibniz, el archifilósofo*, (2023), Plaza y Valdés, Madrid

El recorrido que Javier Echeverría traza en *Leibniz, el archifilósofo* gira en torno a un lema que el propio Gottfried Wilhelm estampó con naturalidad en su correspondencia: *theoria cum praxi*. Cada capítulo ilumina la manera en que una proposición lógica, una fórmula mecánica o una conjetura teológica surge entre papeles administrativos, bombas hidráulicas o memoranda diplomáticos. La narración abandona el tópico del sabio recluido y muestra, en cambio, a un jurista que proyecta máquinas para drenar el Harz, regula cordones sanitarios contra la peste y compone genealogías dinásticas mientras desarrolla su propuesta de la armonía preestablecida. Teoría y práctica se anudan sin jerarquía previa; la distancia entre idea y acontecimiento se disuelve porque la primera nace en el interior mismo del segundo.

Desde esa perspectiva, Leibniz parece inmune a la crítica que Marx formula en la undécima tesis sobre Feuerbach. No hay cesura entre la interpretación del mundo y su transformación: el concepto de *vis viva* emerge al calibrar el rendimiento de los ingenios mineros; el proyecto de conciliación confesional toma cuerpo en informes destinados a la corte vienesa; el sistema binario brota del diálogo con misioneros jesuitas que buscaban códigos para catequizar en Pekín. La razón no se limita a contemplar el entramado conceptual o el histórico; los recorre, los mide y, al hacerlo, los reconfigura. Echeverría logra que el lector perciba esta implicación sin forzar la imagen de un héroe titánico: basta con seguir la pista de cartas, recibos y cuadernos para advertir cómo cada meta-física se apoya en una micro-física de la gestión cotidiana.

De ese examen resulta una conclusión sugerente sobre qué significa ser filósofo en la temprana modernidad. Si en otros autores la relación entre escritura y existencia oscila entre la influencia y la articulación parcial, en Leibniz alcanza una coherencia casi cristalina: la vida se conduce por los mismos principios que la pluma elabora, y la pluma vuelve una y otra vez a las urgencias que la vida impone. Echeverría propone, así, un criterio de autenticidad: reco-

nocer al pensador genuino no sólo por la solidez de sus tratados, sino por la capacidad de convertir el despliegue entero de su época en laboratorio para la razón. La filosofía deja de ser un comentario marginal y se revela como brújula que orienta decisiones fiscales, planes sanitarios, estrategias diplomáticas y, en el límite, la propia autodescripción de Europa en el umbral de la Ilustración. Este libro explora desde un horizonte biográfico y de itinerario filosófico la figura de Leibniz, a través de seis capítulos:

Capítulo I: Nacimiento y juventud.

Capítulo II: Leibniz en París (1672-1676).

Capítulo III: Al servicio del duque Juan Federico de Hannover (diciembre de 1677 a diciembre de 1679).

Capítulo IV: Al servicio del duque Ernesto Augusto (1680-1698).

Capítulo V: Entre Hannover y Berlín (1690-1705).

Capítulo VI: Gracias y desgracias en la década final (1706-1716).

El volumen se abre con la infancia leipziguana y concede al entorno familiar un papel relevante, pues la biblioteca doméstica y los métodos mnemotécnicos escolares enmarcan la gestación de la primera obra del *ars combinatoria* leibniziano. Este primer capítulo describe la transición de un estudiante que recorre crónicas medievales, escolásticos y textos atomistas antes de graduarse en leyes a los veinte años. La combinatoria de 1666 aparece, así, como tentativa de formalización universal todavía anclada en la lógica escolástica. Los viajes por universidades y cortes menores —registrados con mapas y epistolarios— permiten al joven jurista acceder a laboratorios de minería y a archivos diplomáticos, prefigurando la integración de erudición, técnica y política que marcará toda su trayectoria, todo ello orientado a una vocación de servicio público guiada por la reflexión filosófica.

El segundo capítulo sigue con los años parisinos, sabedor Leibniz que para hacer matemáticas modernas hay que pasar por París y Londres. El entrelazamiento afortunado de diversos procesos, como la relación epistolar con destacados matemáticos del momento, la mentoría de Huygens o su participación en una misión diplomática en Londres, fortalece su formación matemática y da como resultado su primer *annus mirabilis*, 1675, en que reúne hallazgos en combinatoria algebraica y mecánica, al tiempo que la entrevista con Spinoza en La Haya (1676) introduce resonancias conceptuales que influirán en la *Teodicea*. El retorno a Hannover, salpicado de conversaciones con Boyle, convierte el trayecto en ensayo general de un servicio cortesano que ligará ciencia y gobierno.

El tercer capítulo presenta al “político matemático” al servicio de los Braunschweig-Lüneburg. Memoranda fiscales y planes de repoblación agrícola muestran cómo la combinatoria se traslada al diseño de políticas públicas y se transforma en germen del futuro “cálculo de controversias”. Como bibliotecario, Leibniz reorganiza el fondo ducal y defiende su apertura, materializando el ideal enciclopédico. Su reputación se afianza mediante protocolos, cartas de presentación y dictámenes jurídicos, mientras cuadernos contemporáneos revelan un tránsito del cartesianismo hacia una física propia basada en la fuerza viva.

El cuarto capítulo amplía esa perspectiva: críticas anti-borbónicas, proyectos hidráulicos en las minas del Harz y órdenes sanitarias contra la peste ilustran la versatilidad práctica de un pensador que aplica principios matemáticos a la gestión territorial y la salud pública. Horas de archivo imperiales sustentan genealogías dinásticas y abren la vía a una crítica histórica de la narrativa providencial. En 1686 ve la luz el *Discurso de metafísica*, en el que las mónadas emergen conectadas tanto a los experimentos mineros como a la ambición irénica de reconciliar confesiones. Viajes a Venecia y Viena alternan rituales devocionales con debates sobre problemas como la elasticidad, y cada retorno a Hannover incrementa el capital simbólico que permitirá articular la futura Dinámica.

El quinto capítulo mantiene como hilo conductor la amistad intelectual con Sofía de Hannover, decisiva para proyectos que culminarán en la Academia de Berlín. La reorganización de la biblioteca de Wolfenbüttel se describe como arqueología libresca que anticipa una enciclopedia viva. Entre códices y fósiles nace la *Protogaea*, en la que se ensayan hipótesis sobre cataclismos terrestres que desafían la cronología bíblica. La transición desde el cartesianismo hacia la fuerza viva cristaliza en la antes mencionada *Dinámica* y el *Nuevo sistema de la naturaleza*, textos que vinculan choques de cuerpos y armonía preestablecida. Es también destacable el interés por China y el intercambio epistolar con diversos jesuitas que se encuentran allá, en un intercambio de ideas del que surgen reflexiones sobre administración confuciana y el sistema binario, concebido como analogía aritmética de la creación. La muerte de Ernesto Augusto y el ascenso de Jorge Luis obligan a Leibniz redefinir su quehacer en la diplomacia, dividir el tiempo entre Berlín y Londres al tiempo que revisa una y otra vez sus propuestas en la metafísica y en las matemáticas.

El sexto y último capítulo se centra en la década final de Leibniz. Publicada en francés, la *Teodicea* plantea una dialéctica entre mal metafísico y optimis-

mo racional que dialoga con Bayle y busca lectores más allá del luteranismo, sin perder ese horizonte de *theoria cum praxi*, en un contante quehacer diplomático en diversos lugares de Europa, incluyendo una participación en la resolución de la Guerra de Sucesión Española. Es de gran valor la síntesis y balance que Echeverría hace sobre la controversia en la Royal Society sobre el origen del cálculo infinitesimal, que se plasma en el *Commercium epistolicum*, detonante –junto a otros eventos– del *annus horribilis* de Leibniz de 1714. La muerte de Sofía deja al pensador aislado, aunque continúa explorando la teología natural china y especula sobre ciclos cósmicos sin fin. El capítulo concluye con la imagen del filósofo velado en soledad y con la metáfora de los “cadáveres” textuales que piden edición y comentario.

Podemos preguntarnos qué aporta de novedoso esta biografía frente a otras, como la excelente de Antognazza (2011). Ambas comparten el propósito de disolver la vieja frontera entre vida y obra: ambas reconstruyen la trayectoria cortesana, diplomática y científica para explicar la gestación de los textos filosóficos. Con todo, difieren en el ángulo interpretativo. Echeverría persigue una microhistoria atenta a expedientes fiscales, memoranda sanitarios y planos mineros; exhibe a un autor que convierte encargos coyunturales en estímulos conceptuales y, con ello, subraya la plasticidad de un pensamiento que se deja modelar por la política de los ducados alemanes. Antognazza, en cambio, organiza los mismos materiales en torno a la hipótesis de un “proyecto maestro” que confiere unidad subyacente a la multiplicidad leibniziana; su relato, apoyado en más de seiscientas páginas de análisis filológico, se orienta a mostrar la coherencia interna de esa ambición sistemática desde los primeros escritos hasta las Monadologías.

El contraste se advierte también en la escala y en la audiencia imaginada. El volumen de Cambridge adopta una perspectiva panorámica que aspira a convertirse en guía de referencia para el mundo anglófono, mientras que el libro de Plaza y Valdés, más conciso y escrito en castellano, dialoga con el lector hispano presentando episodios documentales poco transitados –la peste en el Harz, la polémica anti-borbónica– y ofreciendo, a la vez, reflexiones de historia cultural que permiten acercarnos mejor al archifilósofo desde una perspectiva como la iberoamericana. Así, donde Antognazza privilegia la continuidad conceptual, Echeverría exhibe la dramática variabilidad de contextos que obligó al pensador a reescribir constantemente sus propios principios.

El libro de Javier Echeverría, en definitiva, y como se dibuja en las síntesis capitulares anteriores, presenta a Leibniz como un agente intramundano

cuya especulación nace de encargos inmediatos: correcciones fiscales, pólizas sanitarias, explotación de minas, diplomacia antifrancesa. Cada sección reconstruye los gestos administrativos y técnicos que incuban conceptos tales como la *vis viva* o la armonía preestablecida; las nociones aparecen modeladas por la coyuntura y circulan en cuadernos, libelos o informes antes de cobrar forma sistemática. La filosofía se muestra, así, como el arte de articular circunstancias variables —políticas, económicas, confesionales— en principios de alcance universal.

De este modo, Echeverría ilumina la plasticidad de un pensador que adapta su discurso a patronos y oportunidades, mientras que —en mi opinión— Antognazza evidencia la persistencia de una estructura normativa que atraviesa esas adaptaciones. Leídos juntos, ambos enfoques revelan a Leibniz como autor simultáneamente circunstancial y arquitectónico: capaz de responder a epidemias o litigios fiscales con la misma energía con que proyecta una ciencia universal, sosteniendo bajo la variedad de acontecimientos un hilo conductor que ordena el conjunto de su obra.

Echeverría sitúa a Leibniz en el corazón de un tablero histórico saturado de encargos diplomáticos, proyectos mineros, epidemias y pugnas dinásticas; la filosofía aparece como el arte de extraer principios universales a partir de estos quehaceres contingentes. Bajo esa luz, las mónadas, la *vis viva* o el sistema binario cristalizan al calor de memoranda fiscales, libranzas de viaje y catálogos bibliográficos, de modo que cada concepto devuelve la huella de una circunstancia concreta.

Por todo ello, el itinerario que Echeverría reconstruye justifica con rigor la designación de Leibniz como *archifilósofo*. Frente a sistemas cerrados o bibliotecas personales que aspiran a la intangibilidad, aquí se dibuja la figura de un pensador cuya lógica se tensa y se renueva en contacto permanente con la malla administrativa, diplomática y científica de su tiempo. *Theoria cum praxi* no funciona como eslogan retórico, sino como principio operativo: cada juicio teórico nace ante una exigencia concreta —un canon fiscal, un cordón sanitario, un tratado de alianza— y regresa a la mesa de trabajo cuando la realidad lo somete a verificación. Bajo este prisma, la riqueza leibniziana no reside en la completitud de un edificio doctrinal, sino en la capacidad de someterlo a examen continuo sin perder una orientación sistemática.

El corpus resultante —cuadernos, correspondencia, minutas, borradores impresos— encierra una vitalidad que palpita entre la afirmación y la rectificación, entre la convicción y la puesta a prueba. No se percibe vacilación juve-

nil ni eclecticismo oportunista; se advierte, en cambio, la autocrítica metódica de quien ensaya hipótesis, contrasta evidencias y acepta modificar premisas si los hechos lo requieren. Echeverría muestra que esta dialéctica constituye la médula de un modo de filosofar que se despliega como forma de vida: la razón no descansa en la torre de marfil ni se diluye en la gestión cotidiana, sino que se deja interpelar por ambos ámbitos y, al hacerlo, conserva intacta su ambición de totalidad. Concluir la lectura equivale, entonces, a reconocer en Leibniz un ejemplo singular de fidelidad simultánea al rigor conceptual y a la exigencia práctica, condición que funda la legitimidad de su título de archifilósofo.

Referencias

- Antognazza, M. R., (2011), *Leibniz: an intellectual biography*, Cambridge University Press.
- Echeverría, J., (2023), *Leibniz, el archifilósofo*, Plaza y Valdés.

JOSÉ ANTONIO HERNANZ MORAL
Departamento de Educación, Universidad de Cantabria, España
joseantonio.hernanz@unican.es
<https://orcid.org/0000-0002-8047-3785>